

PARA PROFUNDIZAR EN LA FICHA 6

6. No un análisis sobre uno mismo, sino una correspondencia a las exigencias del corazón

El cristianismo es la sorpresa ante la mirada de Uno que apuesta por mí, que «conoce mis traiciones y me quiere lo mismo, me estima, me abraza, me llama de nuevo, espera en mí, espera de mí» (papa Francisco, 7 marzo 2015). Una presencia es lo único que puede aferrar lo más íntimo de nosotros hasta ponerlo en movimiento y hacerle desear cambiar. Dentro de esta mirada todo se vuelve distinto, más vivo, más verdadero: las vacaciones, el estudio, un torneo de fútbol, el gesto del fondo común, una canción...

Durante el puente de Todos los santos decidí organizar unos días de estudio en mi casa de campo con mis amigos, mayores y pequeños. El primer día, nada más llegar, me sentí triste, como si faltase algo: añoranza de algo, disgusto y enfado, porque los amigos más pequeños no estudiaban bien y había poca atención por el orden de la casa.

Hablé de esto y del malestar que sentía con un buen amigo mío que estaba con nosotros esos días: al igual que yo, él también experimentaba esa dificultad. Entonces nos pusimos en movimiento juntos, teniendo presente realmente, en la mente y en el corazón, el afecto que existía por aquel grupo de amigos.

Con esa tensión preparamos la cena para ellos y para un profesor que había venido a estar con nosotros dos días. Durante la cena yo estaba contento: había percibido que había cambiado algo, entre nosotros se estaba produciendo un verdadero encuentro. Así sucedió también durante los demás días, de forma cada vez más profunda: un grupo de amigos que había elegido pasar allí unos días juntos, preguntándose el porqué de este estar juntos cada vez más fecundo.

Esos días juntos han sido la confirmación del afecto a una presencia, Cristo, a la cual estoy ligado, a la que amo y a la que confío todo porque, al percibir que alguien apuesta por mí, me pongo en juego. Y ha sido una confirmación más del valor humano de esta amistad, de la comunidad, que me ha acompañado en el camino para llegar a una apertura a la realidad seria y total. Una apertura que todavía hoy me conmueve porque nos ayuda a vivir juntos la realidad intensamente y a reconducirnos a esta conciencia para vivir siempre a la altura de ese afecto.

Al volver a casa después de pasar esos días juntos, sentía el deseo de comprender lo que había sucedido. Para mí supuso un volver sobre mis pasos para comprender qué estaba realmente en la base de lo que hasta ese momento había sucedido en mí.

Este es mi mayor deseo, mi exigencia más profunda, el único rescate que me ofrece un motivo real cuando mi herida humana está abierta de modo dramático: la confirmación del «abrazo de lo que el corazón espera», de la apuesta que Cristo hace por mí cada día y que pone en juego mi libertad de hombre.

Simone, Milán

Después de la misa nos juntamos en Portofranco. Comemos unos bocadillos y una pizza mientras charlamos. Sale el tema de la inscripción a la Escuela de comunidad. Stefano dice: «Al pagar la inscripción me he dado cuenta de que he sentido que pertenezco a esta compa-»

» ñía». Andrea, su amigo, subraya que para él esta comunidad es todo y que por tanto merece la pena dar algo de sus ahorros. En ese momento pregunta don Pigi: «Pero yo, ¿contribuyo a sostener el movimiento con este dinero que ofrezco porque me resulta simpático o porque le doy la vida?». Guglielmo es explícito: «A través de esta inscripción yo me pongo en juego por completo. En ella se encierra el deseo de poder dar todo a aquello que me ha dado todo». Don Pigi concluye, sin cerrar: «Pocas personas nos permiten ser libres para juzgar, para mirar nuestros deseos. El fondo común y la inscripción a la Escuela de comunidad, ¿a qué deseo responden? A menudo pensamos que el mundo es injusto. Están aquellos a los que siempre les va bien, y aquellos que siempre pagan las consecuencias. Pero entonces, ¿habrá justicia alguna vez? Atención: podemos reducir la justicia a poder, es decir, a la afirmación de uno mismo, y aquí entra también el tema del dinero, como instrumento de afirmación para aplastar a los demás. En cambio, el fondo común me recuerda que el dinero no es un instrumento para afirmarse, y que la justicia solo es tal cuando el bien del otro es mi bien. ¡Qué responsabilidad tan grande y tan bonita tenemos! Este pequeño gesto sirve para educarnos. Participar en este gesto significa empezar a construir y a salvar el mundo».

Tommaso, Milán (de [Lo que se hace para no “malvivir”](#), Tracce.it)

«El protagonista de Kung fu Panda era capaz de hacer cosas extraordinarias porque le sostenía el hecho de que el maestro Shifu había apostado por él, a pesar de sus defectos y de su torpeza. Shifu había vislumbrado en el panda una potencialidad justamente por el empeño que ponía en las cosas aparentemente más pequeñas, pero que él más deseaba: las galletas. Así es la apuesta que hace Cristo por nosotros». (<https://www.youtube.com/watch?v=A7I-7Qn2maz8>

<https://www.youtube.com/watch?v=1Hu-Vc0IG7A>)

Con este ejemplo se dirigió a nosotros don Pigi durante la asamblea del 20 de noviembre, y en este ejemplo he podido identificarme precisamente esta semana, cuando me he visto «subido a tres metros de altura» sin tener tiempo de darme cuenta de ello.

El miércoles por la noche estaba viendo los partidos del Memorial Cucciolo, un torneo de fútbol que he organizado en memoria de mi padre que, como yo ahora, formaba parte de la amistad de GS. Mientras se jugaba un partido muy intenso levanté la mirada y miré lo que tenía a mi alrededor: amigos sinceros que jugaban, arbitaban y animaban, participando en un gesto que para mí es muy importante. En ese momento me resultó evidente que la belleza que tenía ante mí, ese «tres metros por encima del suelo» en el que me hallaba, no se debía a un mérito mío o a una especial habilidad mía para organizar torneos de fútbol; era posible solo porque alguien había apostado por mí y por mi deseo. De hecho, me acordé de un amigo mío mayor que había ido más allá de mi falta de ganas, de mi ansiedad, de mi torpeza y había entrevistado lo que deseaba, había intuido aquello de lo que yo tenía “hambre”.

Esto no significa que desde que ese amigo mío apostó por mí, evolucionase de repente de panda a león; es más, la ansiedad y las dificultades han permanecido, pero todo aquello que no tenía ganas de afrontar y que más que atemorizaba (desde reservar los campos hasta asegurarme de que todos los jugadores se presentasen; desde dejar ordenados los vestuarios hasta ir todos los miércoles a ver los partidos) lo hacía preguntándome siempre el motivo por el que lo hacía y recordando siempre cómo me sostenía que mi amigo hubiese apostado por mí.

«El origen de la moralidad humana es un acto de amor. Por eso se requiere una presencia, la presencia de alguien que conmueva a nuestra persona, que recoja todas nuestras energías y las dirija hacia un bien que nos es desconocido y que, sin embargo, deseamos y esperamos: ese bien que es el Misterio» (don Giussani, citado en [Escuela de comunidad, ficha n. 6](#))

Alessandro, Milán

»

» «No un análisis sobre uno mismo, sino una correspondencia a las exigencias del corazón»: en la canción *Ovunque proteggi* de Vinicio Capossela se habla de una persona que se equivoca, que está aplastada por su dolor, y sin embargo surge un tú que ama su corazón y por tanto también todos sus errores. Esto es lo que genera la ética nueva de la que habla la Escuela de comunidad porque, también en mi vida, lo único que es capaz de tocar cada aspecto y de cambiar la actitud humana frente a cada acción es una mirada.

«Lo siento si he pecado, / lo siento si me he equivocado. / Si no he estado, / si no he vuelto. Pero protege la gracia de mi corazón, / ahora y cuando vuelva el tiempo...

El tiempo de partir, / el tiempo de quedarse, /el tiempo de dejar, / el tiempo de abrazar».

Tiziana, Milán